



Con *A* de
Amarte

«Bilología Sara II»

*Alejandra
Rodríguez*

CON A DE AMARTE

ALEJANDRA RODRIGUEZ

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Con A de amarte*

© *Alejandra Rodriguez*

Primera edición Diciembre de 2016

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

*Para Patricia y Aarón.
Gracias por llenar mi vida de color.*

Índice

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

1

Ciertamente mis sueños se habían vuelto de lo más aburridos, que conste, que no echaba de menos aquellos aterradores sueños del año pasado, esos en los que no hacía más que huir corriendo de algo a lo que nunca pude ponerle nombre, pero no estaría mal que fueran un poquito más interesantes, solo un poco.

Eso sí, mis despertares se habían vuelto de lo más especiales. Vulcan me devolvía a la realidad con sus lametones cada mañana y la brisa marina que entraba por mi ventana apaciguaba a todos mis demonios. Y eso que seguían siendo muchos.

Ahora me ofrecían exponer mis obras con bastante frecuencia, tanto, que casi no me daba tiempo físico para poder hacer una colección completa que enseñarles a mis fieles seguidores, cada vez tenía más.

Aún no era una aerografista reconocida y estaba bastante lejos de serlo, pero me iba abriendo paso y mis ansias de devorar lienzos en blanco iba en aumento, así que la cosa había mejorado con creces.

Vendía mis cuadros por internet y, tras cada exposición, volvía a casa con algún cuadro de menos. Cosa que fomentaba un poco más mi actual situación económica, que era, como poco, nefasta.

Sí, ya no trabajaba en el "Súper Burger", la Sara amarrada al ancla en la que se había convertido mi queridísima cueva del demonio ya se había esfumado. No existía.

Y es que claro, después de haber descubierto que mi mente viajaba muchísimo más allá de lo que yo jamás pude imaginar, de que me despertara día tras día con el miedo a aparecer en otra dimensión más aterradora y lejana si ca-

bía, me había hecho llegar a la conclusión de que mi vida debía llegar a su fin en algunos aspectos.

Finalizar mi vida vacía en el bar, un lugar que no me aportaba absolutamente nada, mis muros mentales, mis “y sí...” todo eso que me amarraba al suelo. Yo ahora quería volar.

Que mi mente fuera libre del todo, desatarme las cadenas que me ahogaban a diario y luchar contra viento y marea para conseguir mi propósito, mi gran sueño.

A veces, solo a veces, echaba de menos ir a trabajar, ver las horas pasar, sonreír a medias y que mi vida tuviera un horario fijo. Esto de no mirar el reloj nunca no era tan bueno, se te van los días volando, nunca llegas a la hora que habías quedado porque simple y llanamente no vives en el mismo espacio —tiempo que el resto.

Ellos se mueven por horarios, por costumbre, por rutina y yo no tenía de eso. Ya no.

Yo me levantaba cuando el sol quisiera despertarme, o Vulcan se empeñase en que jugase con él en la playa, pintaba cuando me venía la magia, que cada vez era más a menudo, y hacía prácticamente lo que se me pasaba por la mente.

Rectifico, vivía como Dios.

Sí, lo siento, pero estaba en el momento más pletórico de mi vida y a veces aún seguía pellizcándome por las mañanas para asegurarme de no haber viajado en sueños a otra realidad paralela.

Pero seguía aquí, en mi sitio, en mi hogar.

Creo que se me hace tarde, no estoy segura, pero el incesante pitido del móvil a punto estaba de confirmármelo.

Fui hasta él y lo cogí sin más.

— ¡Diga!

—Pero ¿En qué mundo vives? Explícamelo porque no lo entiendo. ¿Se puede saber dónde demonios estás metida? —gritaba la voz al otro lado del teléfono.

— ¿Qué hora es? ¡Si es que no tengo reloj!

—Que ¿Qué hora es? ¿En serio? Te mato ¡Te juro que te mato!

— ¡Joder! Ya voy, ya voy.

Colgué el teléfono y corrí como alma que lleva el diablo a vestirme porque sí, aún estaba en pijama. Cosa que no podía contarle a la persona que acababa de llamarme porque, como muy bien había dicho, me mataría.

Me puse un maxi vestido azul marino, unas sandalias beige y me maquillé lo más aprisa y acertadamente que pude, que no fue mucho.

Y volvió a sonar mi móvil.

— ¡Qué ya voy! —grité sin mirar si quiera quién llamaba.

—Buenos días para quien los tenga...

— ¿Cris? —separé el móvil de mi oído y miré el identificador de llamada. — ¡Lo siento! Es que tu amiga me pone de los nervios, ¡Qué llego tarde dice! —gritaba mientras cogía el bolso de mano y me despedía de Vulcan.

— ¿Tarde? No tienes ni idea de qué hora es ¿Verdad?

—Otra con lo mismo... ¡Qué no tengo reloj!

—Sara... Llevamos una hora esperándote, Vanesa está histérica, no, histérica no, ¡Es un gremlin recién mojado! Por favor dime que estás al llegar...

—Cinco minutos, dame cinco minutos.

Colgué el teléfono y corrí todo lo aprisa que me permitía el vestido hasta llegar al coche.

¿Dije que mi vida era pletórica? Mentí. Aquí estaba la prueba de que seguía siendo un desastre. Sobre todo, con mi vida social que, aunque era mucho más movidita que antes, descuidaba bastante.

Tardé veinte minutos en llegar a la boutique donde me esperaba el apocalipsis a medio formar. Y digo medio porque Cristina aún era capaz de retener las ganas de lanzarse a mi yugular por llegar tan tarde.

— ¡Ya estoy aquí! —proclamé a los cuatro vientos para quitarle un poco de hierro al asunto.

— ¿Qué ya estás aquí? ¿Qué ya estás aquí? ¡Ven acá que te voy a ...!

—Vale ¡Vale! Lo siento, pero ya estoy aquí vamos a ver qué has elegido ya que se nos hace tarde.

— ¡Y se atreve ella a hablar de tardanzas! Joder con la pintora bohemia de las narices... —gritaba Vanesa caminando sin tino de atrás a delante.

—Me lo merezco, pero ahora céntrate. ¿Has visto algo? —pregunté poniendo mi cara más angelical esperando su perdón.

— ¡No! No he visto nada porque tú no estabas aquí y todos me hacen gorda y rechoncha y fea y ¡Dios! ¿Quién me mandaría a mí a meterme en estos berenjenales?

—Vane, estás esquelética, eres altísima, y ¿Fea? ¿De verdad? Vamos... ¡Algo has tenido que ver! ¿Cris? —la miré buscando su ayuda.

—Es una caprichosa, todos le quedan estupendamente, pero ella le encuentra defecto hasta al vestido de cenicienta.

— ¡Ahora me quieren vestir de cenicienta! ¿Azul? ¿En mi boda? —gritó Vanesa haciendo aspavientos con los brazos.

—Aún no me creo que vayas a casarte... —la miré con dulzura. —Tú, la Drama Queen, probándose vestidos de novia... Si es que es tan surrealista...

—No me lo creo ni yo... ¿Aún estoy a tiempo de parar esta locura verdad? ¡Díganme que estoy a tiempo!

Definitivamente las pobres dependientas de la última boutique de novias que nos quedaba por ver de toda la isla iban a echarnos y vetarnos la entrada para siempre.

No había quién aguantara a Vanesa berreando al natural y si ya era a lo histérica pre – boda ya era el acabose del pánico para el sector de atención al público y demás presentes.

Recuerdo el día en el que se comprometieron, fue tan bonito y tan estúpido que sólo podría tratarse de un capítu-

lo más en la catastrófica historia de Marcos y Vanesa, el diario de un tira y afloja, podría llamarse la película si alguien estuviese dispuesto a hacerla.

Estábamos tirándonos en paracaídas, sí, tachando uno de mis puntos en la lista de deseos. Lo bonito fue que estábamos todos para presenciar el momento y lo estúpido fue que Marcos se lo pidió justo antes de que Vanesa se tirara con el monitor de paracaidismo al vacío.

Lo recuerdo como si hubiese sido ayer y aún oigo el inmenso grito de Vanesa al caer. Fue un sonoro ¡¿Qué?! Con el que todos rompimos a reír.

Marcos se tiró justo detrás y todos los demás apuramos a nuestros correspondientes monitores para poder saltar de una vez por todas y ver en qué acababa la proposición de matrimonio más absurda y tremendamente romántica de la historia. Lo bueno fue que nos olvidamos del miedo, del terror que se siente antes de saltar al vacío, sobre todo yo, la chica a la que le daba vértigo las escaleras de caracol. Y cualquier otra.

—Vamos Vane, deja que Sara escoja uno para que te lo pruebes ¡Yo desisto! —dijo Cristina sentándose en el gran sofá rojo que presidía aquella sala llena de vestidos.

—Es misión imposible te lo advierto. ¡Me voy a casar en chándal! Y así nos evitamos tanta parafernalia.

—No seas idiota. A ver qué tenemos por aquí...

Me puse a rebuscar entre todos los vestidos que habían sacado las amables dependientas que aún no sé cómo seguían a nuestro lado, al pie del cañón. Supongo que irían a comisión.

Y no, no encontré nada a la altura de mis expectativas como íntima amiga de la novia y madrina del evento. Cosa que me recordó que ni siquiera yo tenía vestido aún.

Vanesa caminaba de atrás adelante, me miraba y se mordía las uñas, quizás con la esperanza de que antes del siguiente mordisco yo cogiera una de las perchas y proclamara a los cuatro vientos que lo había encontrado, el vesti-

do perfecto, pero ese momento no llegaba y las uñas de Vanesa, junto con mi paciencia, llegaban a su fin.

Recorrí cada uno de los cinco percheros a reventar de vestidos que había disponibles en su talla y no encontré ninguno que me hiciera tilín, ni siquiera un tilín pequeñito.

Así que desistí, miré a Vanesa y con cara de póker intenté buscar rápidamente las palabras más sutiles para expresarle que ni siquiera en la última tienda que nos quedaba por rebuscar de toda la isla volcánica en la que vivíamos había un vestido acorde con sus peticiones, ni siquiera acorde con las mías, que era bastante menos exigente.

—Vane... —dije ganando tiempo para encontrar la frase adecuada.

— ¡Lo sabía! ¿Lo ves Cris? ¡No estoy loca! Sara tampoco ve ninguno que le guste. ¡Joder! ¡Al final me voy a casar en vaqueros! ¡En vaqueros Sara! —se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared y se hizo un ovillo.

—Vamos Vane, seguro que lo encontramos, aún tenemos tiempo y estas señoritas tan amables tendrán catálogos donde se pueda pedir un vestido maravilloso ¿Verdad?

Las dependientas asintieron innumerables veces y salieron disparadas a buscar la pila de catálogos disponibles hasta la fecha.

—Claro Vane, ya verás que en alguno encontramos lo que buscas. Que ya me gustaría saber lo que es y así servir de más ayuda, pero es que te explicas de una manera mona... —dijo Cristina con la mano casi tapando la boca, quizás para que no la escuchase del todo.

— ¡Cris! —grité yo.

— ¡Jolines! Es que si dijera qué es lo que quiere hasta yo me ponía a coser con la máquina de mi abuela, pero ¡Es que no habla! Solo dice que no, que no le gusta, que la hace fea, que es muy soso y ya está ¡Solo se queja!

—Me recuerda a alguien ¿Sabes? —dije arqueando la ceja derecha.

—Perdona, pero yo encontré mi vestido enseguida, guapa.

— ¿Disculpa? Tuvimos que pedirlo a Italia ¡Italia! Niñata caprichosa.

—Venga chicas, ya es suficiente. Cojamos los catálogos del demonio, una botella de tequila y vámonos a casa. Quizás con alcohol en sangre lo veo todo más claro.

En momento sonó mi móvil y lo saqué del bolso al instante.

—Dime Marcos.

—Dile que no me caso. —dijo Vanesa mientras cogía la pila de catálogos.

—Shh. Nada Marcos dime, ¿Qué pasa?... Ah ¿Sí?... ¡Genial! Me alegro muchísimo. —tapé el auricular para dirigirme a Vanesa. —Que ya ha comprado su traje de novio.

— ¿Con quién ha ido? —preguntó ella.

—Con Roberto.

— ¡Oh no! ¡Por Dios! ¡No! Dame el teléfono ¡Dámelo! —me lo quitó de las manos. — ¡Dime que no te ha elegido unos náuticos por favor! Y que no vas de un pijo que asusta ¡Dilo!... Vale... Vale... ¡No! No encuentro nada, así que hazte a la idea de que te vas a casar con una tía en vaqueros o en chándal ¡En chándal Marcos!... Eso dice Cris... Sí Sara también... Ya... Bueno... Nos vemos luego, voy a beberme una botella de tequila y a ver un sinfín de vestidos por catálogo... Sí, yo también te quiero. Ala. —colgó.

—Bueno... Y ¿Qué dice Marcos? —preguntó Cristina.

—Pues que ustedes tienen razón y que ya encontraré uno que me guste. Que todavía hay tiempo.

— ¡Claro que sí! ¡Vamos a por esa botella! —grité yo.

Cada una cogió su respectivo coche y quedamos en vernos en mi casa, quizás la mar ayudaba a Vanesa a ver las cosas un poco más claras y no tan oscuras como las veía ahora, o quizás, solo quizás, acabaríamos borrachas haciendo la croqueta hasta la orilla y bañándonos en pelota pica-

da a las tantas de la madrugada que, pensándolo bien, era lo más probable.

A medio camino de mi casa volvió a sonar mi móvil, pero yo decidí no mirarlo, después de tener un accidente tan catastrófico como el que habíamos tenido, no era plan de ponerse temeraria.

Aún me dolía la pierna de vez en cuando, sobre todo cuando hacía frío. Era como un calambre generalizado, pero podía soportarlo.

Vanesa me había explicado innumerables veces cómo sucedió todo, aunque yo, a día de hoy, no recordaba absolutamente nada de esa noche, yo viví otro accidente, igual de desastroso, pero no el mismo que ella.

Reconozco que a veces, al cerrar los ojos, aún me veía a mi misma al otro lado, en esa parte de mi cerebro donde mi mente consiguió traspasar todas mis barreras sensoriales y crear un mundo al que yo no podía evitar echar de menos de vez en cuando.

Seguía dándole vueltas al asunto de la boda, ahora la que se iba a casar era Vanesa, mi amiga desde que el mundo era mundo, y yo sentía envidia, aunque no lo expresaba en voz alta.

Imagino que ella lo sabría, que entendería que la que tuvo un pedrusco en el dedo fui yo y que ahora, al estar completamente segura de que nada de eso era real y que ella sí que estaba a punto de dar el gran paso, yo no podía hacer otra cosa que envidiarla.

Recordaba hasta el brillo que tenía aquel anillo, quizás fue mi imaginación, pero juraría que tenía un tono azulado, muy parecido al de sus ojos.

Volvió a sonar mi móvil y yo volví a ignorarlo, fuera quien fuese podría esperar a que llegara a casa.

A la entrada de Famara siempre disminuía la marcha, aunque llevara prisa, aunque llegara tarde, siempre la disminuía.

Miraba la estructura de ese enorme molino que parecía saludarte al llegar, por desgracia ya no tenía esas aspas azules y blancas que presidían la playa, pero yo lograba verlas tan nítidamente que casi podía oír el ruido que producían al girar.

Buscaba el barco hundido, ese del que ya solo podía verse una pizca y sólo si sabías dónde estaba. Miraba la gente pasear, los surfistas con las tablas auestas, la arena correr por la carretera. Todo mi mundo frenaba al llegar allí. Todo perdía importancia, los problemas se esfumaban, mis preocupaciones disminuían estrepitosamente y mi alma rejuvenecía aún más si cabía.

Aparqué al lado del flamante coche de la novia, ella ya estaba desesperada andando de atrás adelante sin parar. Su boca no hacía otra cosa que soltar disparates sin tino y la pobre Cristina aguantaba el chaparrón de blasfemias que salían de su boca.

— ¡Me niego! ¡Me niego a ir hecha un espantapájaros! ¡Juro solemnemente que si no encuentro el vestido perfecto no me caso! ¡Que no me caso eh!

—Vamos a encontrarlo Vane, ya verás, aún quedan tres meses para la boda.

Volvió a sonar mi móvil y lo saqué del bolso a toda prisa. La curiosidad había aumentado y que alguien me llamara tres veces seguidas me intrigaba bastante.

— ¿Diga? —dije después de mirar el identificador de llamada y no encontrar un nombre conocido.

— ¿Te has olvidado ya de mí? Así de fácil eh...

—Sabes que no puedo... Pero tardas demasiado en llamar y claro... una tiene sus necesidades... —contesté medio riendo.

— ¡A mí me vas a contar! Pierdo la cuenta de los días que hace que no...

— ¡Vale, vale! Dejemos ese tema. Tengo a Vanesa con un ataque de pánico pre – boda, a Cristina intentando